

Viejos sombreros de bambú se movían a lo largo de la playa. Las olas rompían en el lejano arrecife y su espuma se iba acercando poco a poco, hasta que el agua de la orilla donde se encontraba Isaku subía de repente, chocaba contra las rocas y se retiraba de nuevo.

Llovía bastante, y una blanca neblina cubría la superficie del mar. Las salpicaduras de las olas y las gotas de agua se filtraban a través de las grietas del sombrero de Isaku. En la costa rocosa que se extendía paralela al arrecife había una estrecha playa de arena donde también se veían los sombreros de la gente, que recogía trozos de madera que las olas habían arrastrado.

Isaku esperó a que las olas se retirasen, luego se adentró en el agua y cogió un trozo de madera atrapado entre las rocas. A juzgar por su forma arqueada y por los agujeros que habían dejado los clavos, debía de pertenecer a un barco naufragado. Pesaba demasiado para un muchacho de nueve años. Cuando apuntaló el pie en el borde de la roca y tiró con todas sus fuerzas, el fragmento de madera se separó un poco de las rocas que lo apresaban.

El muchacho vio que la cresta de una ola se acercaba y retrocedió rápidamente hasta la orilla. Oyó el estruendo de la ola que rompía justo detrás de él y el agua salpicó su sombrero. Cuando la ola empezó a retirarse, volvió a entrar en el mar espumeante y cogió de nuevo el trozo de madera.

Cada vez que repetía la misma operación, lograba acercarlo un poco más a la orilla, hasta que una gran ola acabó

de arrastrarlo a la playa. Entonces el muchacho lo agarró fuertemente para impedir que las olas se lo llevaran mar adentro. Introdujo los dedos en los agujeros de la madera y la arrastró por la playa hasta el camino que llevaba al pueblo.

La gente, cargada con pedazos de madera atados a la espalda, se alejaba de la playa y subía hacia el pueblo bajo la lluvia. El que arrastraba Isaku era mucho más grande que los demás, y la madera parecía más buena. Mientras caminaba pensaba que si llevaba a casa aquel trozo de madera obtendrían suficiente leña para el fuego, y que era un desperdicio utilizarla para incinerar a un muerto.

Cuando llegó al camino, una mujer que llevaba un sombrero de bambú salió de la casa del difunto y le echó una mano. Abrió la puerta y entraron arrastrando el trozo de madera. Lo dejaron en el suelo de tierra junto a los demás fragmentos, que formaban una pila desordenada.

El muchacho deshizo el nudo del sombrero, se sentó encima del trozo de madera y miró hacia el interior de la casa. El fallecido se llamaba Kinzo y era un hombre de más de cincuenta años. El cadáver estaba desnudo, solo llevaba un trozo de tela enrollado en la cintura. Cuando sufrió el accidente y tuvo que guardar cama perdió el apetito, y su familia solo le había dado agua en sus últimos días de vida. Nadie le daría de comer a un familiar condenado a morir.

Los cadáveres se colocaban sentados en el ataúd. Antes de que el rígor mortis empezara a agarrotar el cuerpo, le doblaban las rodillas y le ataban fuertemente las piernas con una soga. La espalda del cadáver se apoyaba en un poste funerario para que se mantuviera sentado. Kinzo estaba tan delgado que los huesos se marcaban en su piel, solo el abdomen estaba extrañamente hinchado, como endurecido. Tenía la cabeza un poco inclinada hacia delante. Encima de la estrecha coleta de pelo canoso le habían colocado dos

tallos de cáñamo en forma de cruz a modo de amuleto protector contra los malos espíritus.

La madre de Isaku frotaba con un paño el ataúd, que estaba en el suelo de madera. En la chimenea había una gran olla donde hervían las gachas con los ingredientes que habían traído los vecinos. El olor que desprendían llegaba hasta el suelo de tierra. La lluvia caía con intensidad, ahogando el murmullo de las olas y envolviendo toda la casa.

El muchacho se quedó absorto contemplando las manos de las mujeres, que removían el contenido de la olla con paletas de madera.

A la mañana siguiente, la lluvia había cesado y el día amaneció con un cielo despejado típicamente otoñal.

La gente salió de sus casas y se reunió en la del difunto, donde las ancianas del pueblo recitaban sutras en voz baja.

Isaku ayudó a los hombres a cortar las tablas del naufragio, se echó un fajo de leña a la espalda y salió de la casa de Kinzo. Algunos hombres transportaban voluminosos montones de ramas secas.

El muchacho siguió a los hombres por el estrecho camino del pueblo hasta que llegaron al sendero que conducía al puerto de montaña.

Detrás del pueblo se erigían las inhóspitas laderas rocosas de las montañas. Las diecisiete casitas de la aldea parecían amontonarse en la estrecha línea de la costa, como si estuvieran a punto de caer al mar. Tal vez debido a la continua exposición a la brisa marina, las paredes de madera eran blancas y parecían recubiertas de harina. Los tejados de paja, que estaban apuntalados con piedras para impedir que el viento se los llevara, también habían emblanquecido. En las suaves pendientes que rodeaban las casas había terrazas de cultivo. Aunque estuviera abonada, la tierra era

pedregosa y poco fértil, y la cosecha se reducía solo a algunas variedades de maíz.

Isaku y los demás hombres dejaron atrás el sendero del puerto y se adentraron en el bosque. La tierra estaba impregnada de agua de lluvia, y en algunos tramos se habían formado charcos. El muchacho siguió avanzando detrás de los hombres, resbalando de vez en cuando.

Al fin, el bosque terminó y apareció un claro lleno de pequeñas tumbas y lápidas alineadas. Los hombres se acercaron al crematorio que había en un rincón del claro, rodeado de tres paredes de piedra, y dejaron en el suelo la leña y las ramas secas que llevaban en la espalda.

Isaku se sentó en una roca, cerca de donde estaban los hombres. Tenía la frente y la nuca empapadas en sudor, pero la brisa marina era agradablemente refrescante.

Miró hacia el pueblo, que quedaba a sus pies. La larga y estrecha procesión fúnebre se alejaba de la casa de Kinzo y avanzaba por el camino que discurría a lo largo de la costa. Delante de la comitiva, un largo trozo de tela blanca ondeaba en el extremo de un poste de bambú; detrás iba el ataúd, apoyado encima de unos troncos. En la retaguardia se distinguían las siluetas de los niños.

—No me gustaría que me dejaran morir de hambre como a él —susurró uno de los hombres.

En verano de aquel mismo año, Kinzo estaba pescando pulpos en el arrecife cuando, de repente, resbaló y se dio un fuerte golpe en la espalda con el canto de una roca. Desde entonces había estado postrado en la cama. Quedó inválido de cintura para abajo y no pudo volver a trabajar, así que se convirtió en una carga para su familia. En un pueblo donde la comida escaseaba, cada enfermo que se dejaba morir era una boca menos que alimentar.

Cuando alguien fallecía, la familia y los vecinos lloraban su pérdida, pero no tardaban en encontrar consuelo en la

reencarnación. La vida era un regalo de los dioses y el alma de las personas viajaba al otro lado del mar cuando alguien moría, pero en el momento oportuno regresaba al pueblo para alojarse en el vientre de una mujer embarazada y volver a nacer. La muerte era un periodo de sueño profundo antes de la reencarnación, y la gente del pueblo creía que un duelo demasiado largo podía perturbar el descanso del difunto. Las tumbas y las tablillas de madera del cementerio estaban de cara al mar para guiar a los espíritus que regresaban al pueblo.

La comitiva fúnebre llegó al sendero de montaña y ralentizó la marcha. Mientras observaba la procesión, Isaku pensó en su padre. Aquella primavera, su padre se había vendido como esclavo para trabajar durante tres años en la compañía naviera de un puerto del sur de la isla que tenía un tráfico constante de barcos que recorrían la ruta este-oeste. Su padre se había vendido voluntariamente, y en aquel momento debía de estar trabajando en los barcos. Al parecer, había tomado la decisión de venderse como esclavo cuando nació su última hija a finales del año anterior, sumándose a Isaku, que era el mayor, y a sus otros dos hermanos, un niño y una niña.

Isaku había oído decir que, en otras regiones, tenían la costumbre de deshacerse de los recién nacidos, pero no en su aldea. Un embarazo significaba que el alma de un difunto había regresado al pueblo, por eso nadie tenía derecho a matar a un bebé, aunque la familia corriera el riesgo de morir de hambre.

De noche, Isaku había visto muchas veces la misma escena en la penumbra de la habitación: el cuerpo de su padre moviéndose rítmicamente encima de su madre, que doblaba y estiraba las rodillas con las piernas desnudas. Sabía que era un acto que servía para invocar el retorno de las almas de los difuntos, pero también sabía que el bebé que nacería sumiría a la familia en una miseria aún más profunda.

En el sur, la aldea quedaba cortada por los acantilados de un escarpado cabo que se adentraba en el mar, y solo se podía acceder a otros pueblos por el norte, siguiendo el camino del puerto de montaña. Era un sendero abrupto y rocoso que cruzaba dos profundos valles y subía una empinada pendiente a través de un bosque lleno de enredaderas. Aquella topografía había dejado la aldea aislada. Sus habitantes no tenían otra opción que recorrer el camino de montaña para llevar pescado y marisco a la aldea vecina, donde lo intercambiaban por productos agrícolas. Sin embargo, era insuficiente para saciar el hambre que padecían las familias.

La forma más fácil de evitar que una familia muriera de hambre era la esclavitud remunerada. En el pueblo vecino, al otro lado del puerto de montaña, había un mercader de sal que hacía las veces de tratante, y que entregaba una buena suma de dinero a cambio de un esclavo. Con ese dinero, el resto de la familia compraba grano para almacenarlo en casa.

Las familias solían vender a las hijas, pero a veces el padre se vendía a si mismo. A una chica de catorce años llamada Tatsu, que había abandonado la aldea al mismo tiempo que el padre de Isaku, le entregaron sesenta *monme* de plata por un periodo de diez años. En cambio, su padre había recibido la misma cantidad por tres años, de modo que se podría decir que había obtenido unas condiciones excepcionalmente buenas, tal vez porque el padre de Isaku era un hombre de constitución robusta que destacaba por encima de los demás. Además, era un hábil timonel. «Volveré dentro de tres años. No dejéis que los niños mueran de hambre mientras yo no esté», les había dicho con una penetrante mirada a Isaku y a su madre en la puerta de la casa del tratante.

Cargados con el grano que la madre había comprado con una parte del dinero, ambos regresaron a la aldea a tra-

vés del puerto de montaña. Isaku admiraba profundamente a su padre por haber aportado tanto dinero a la familia, y deseaba ser tan robusto como él.

Todos los hombres que descansaban en el cementerio al lado de Isaku habían tenido que vender algún hijo como esclavo. El hombre delgado que estaba sentado junto a él había vendido a su mujer por cinco años el pasado otoño. Los cabezas de familia que quedaban en el pueblo eran solo los hombres que habían transportado la leña hasta el cementerio y los otros cuatro que llevaban el ataúd a hombros.

Al ver que los primeros integrantes de la comitiva fúnebre ya se adentraban en el bosque, los hombres se levantaron poco a poco. Aplanaron las cenizas que había en el crematorio y limpiaron la tierra y el polvo que bloqueaban los agujeros de ventilación de las paredes de piedra. Desataron los fajos de ramas y las colocaron en paralelo entre los muros.

Oyeron una campana. La comitiva se acercaba a través del bosquecito. La mujer que llevaba el palo de bambú con el trozo de tela blanca era la madre de Isaku. Cuando salieron del bosque, levantó el palo. Después del anciano que hacía sonar la campanilla llegaron las mujeres recitando sutras, y luego apareció el ataúd, balanceándose.

La madre de Isaku clavó el palo en la tierra y los portadores del féretro lo dejaron al lado del crematorio y se sentaron en el suelo. Algunos se descubrieron el pecho y otros se secaron el sudor. Una vez preparada la pira, los hombres desataron el ataúd de los troncos que habían servido para transportarlo, lo levantaron y lo llevaron auestas hasta el crematorio. Siguiendo las indicaciones de los hombres, Isaku fue colocando la madera entrecruzada con las ramas.

Cuando el tallo de cáñamo encendido cayó sobre la madera, se elevó una columna de humo y la leña empezó a arder. Los hombres que estaban sentados se levantaron y

rodearon las paredes de piedra. La campana volvió a sonar, y se oyeron voces recitando sutras.

El fuego prendió la pila de troncos entrecruzados y las llamas envolvieron el ataúd. La brisa marina hacía bailar el fuego, que crujía como un trozo de tela ondeando al viento. Cada vez que un tronco crepitaba, una lluvia de chispas se dispersaba en todas direcciones.

Isaku y los hombres arrojaron a las llamas unas esteras de paja que habían remojado en el arroyo que fluía cerca del cementerio. Controlando el fuego se aseguraban de que el cadáver ardiera bien. El ataúd se derrumbó, y el cadáver expuesto empezó a desprender llamaradas de distintos colores. Cuando Isaku creía haber visto una resplandeciente llama amarilla, al cabo de un instante se volvía de color verde. Echaron más leña y esteras húmedas al fuego.

Cuando el cadáver hubo empequeñecido, la gente empezó a repartir bolitas de pasta de mijo. Isaku siguió contemplando las llamas mientras masticaba.

Cada vez que los hombres atizaban el cadáver carbonizado con un bastón, pequeñas llamaradas de distintos colores se elevaban hacia el cielo. A medida que repetían la misma acción, el fuego empezó a perder intensidad y el cuerpo adquirió el color rojo de las brasas ardientes.

El sol empezó a descender.

La familia de Kinzo se quedaría a pasar la noche bajo un techo de esteras de paja tendidas entre los árboles, y a la mañana siguiente recogerían los huesos del difunto. La gente del pueblo abandonó el claro rezando con las manos juntas.

Isaku empezó a descender el camino que atravesaba el bosque detrás de la corpulenta figura de su madre. Había perdido la cuenta de las veces que le había pegado. Su madre tenía una fuerza sorprendente. Cada vez que lo azotaba, lo dejaba sordo durante un rato. Aunque los motivos eran muy variados, le pegaba sobre todo cuando holgazaneaba.

«Fíjate en los peces, nunca dejan de moverse», solía reprocharle con severidad. Isaku le tenía un poco de miedo, pero a la vez se sentía seguro bajo la protección de una madre capaz de azotarlo sin piedad.

Salieron del bosque y tomaron el sendero de tierra. El mar brillaba bajo la luz del crepúsculo. Se veían unos cuantos cuervos sobrevolando el pequeño cabo.

De camino a la aldea, la madre de Isaku charlaba con las ancianas. Isaku se sentía feliz porque era la primera vez que ayudaba a los hombres a transportar la leña al cementerio para incinerar a un difunto. Aquello significaba que ya lo consideraban un adulto y que, tarde o temprano, podría unirse al grupo de hombres que llevaban el ataúd a cuestas. Sin embargo, Isaku era más bajito que los niños de su edad y estaba más delgado. Su padre regresaría al pueblo al cabo de dos años y medio, cuando terminara su contrato, y él, junto con los demás niños y niñas de más de diez años, tendría que sustituirlo y venderse como esclavo, fingiendo ser unos años mayor de lo que sería en realidad. Si, llegado el momento, seguía siendo igual de bajito, el tratante probablemente lo rechazaría, o lo aceptaría a cambio de una cantidad irrisoria de dinero.

Como de costumbre, Isaku se puso de puntillas e irguió la espalda para parecer más alto mientras seguía bajando por el camino.

Las mujeres que encabezaban la marcha se detuvieron, y todos los aldeanos que caminaban tras ellas las imitaron. Miraron a la izquierda como un solo hombre. Isaku hizo lo mismo. A lo lejos, entre dos montañas bajitas de laderas rocosas, vio una cresta verde.

—Las montañas se están volviendo rojas— dijo la mujer que estaba a su lado, casi en un susurro.

Las crestas resplandecían iluminadas por el sol poniente. Una de ellas, que destacaba por su altura, había adquirido

un tenue color rojizo, como si algo la hubiera descolorido. Durante los dos días de lluvia, que había cubierto las crestas de niebla, las hojas de los árboles habían empezado a mudar su color.

Isaku contempló la cresta. Año tras año, los colores del otoño aparecían primero en aquella cresta y se extendían progresivamente por todas las demás. Cada vez avanzaban más deprisa, como una avalancha que teñía de rojo las laderas de las montañas a medida que se precipitaba hacia abajo. Cruzaba los profundos valles y envolvía las colinas hasta alcanzar los bosques detrás de la aldea. Cuando llegaba ese momento, las hojas de las crestas más lejanas ya no eran rojas sino amarillas.

En la aldea se respiraba un ambiente otoñal. Cuando crecieran las espigas de la chamiza, empezaría la temporada de pesca de los pulpitos que se acercaban a la costa rocosa. Tenían un sabor delicioso, y se podían comer directamente crudos o hervidos. Los niños los abrían y los colgaban de una cuerda tendida entre dos postes para secarlos.

Después de la pesca del pulpo, las hojas se teñirían de rojo y los habitantes del pueblo presenciarían llenos de esperanza el cambio de color en las montañas.

Cuando las hojas se secan y empezaran a caer, el mar empezaría a estar más alterado. Habría un par de días de calma y luego rugiría embravecido unos días más, y las olas llegarían incluso a salpicar los tejados de las casas. De vez en cuando, el mar encrespado traía regalos inesperados al pueblo. Dejaba riquezas incomparables que no se podían cultivar en los campos ni encontrar en la playa. Cuando eso ocurría, nadie tenía que venderse como esclavo a lo largo de los próximos años. La aldea raras veces tenía esa suerte, pero sus habitantes vivían con la esperanza de que sucediera. Las hojas rojas indicaban que se acercaba la época en la que el mar podía regalarles sus tesoros.

Los aldeanos reanudaron la marcha, con la vista fija en la lejana cresta.

Mientras bajaba por el camino, Isaku observó el mar. La marea estaba baja y la base del cabo quedaba al descubierto. Justo enfrente del pueblo, un poco más abajo, las rocas también asomaban en la superficie del agua, rodeadas de espuma.

Cerca de la costa se extendía un intrincado arrecife que era el hábitat propio de los pulpos y el marisco, y un remanso para los peces. Allí, las plantas acuáticas ondeantes y las algas aferradas a las rocas formaban un tupido manto de vegetación. Los hombres salían a pescar con sus pequeños botes mientras las mujeres y los niños caminaban entre las rocas recogiendo plantas marinas y marisco. Para los aldeanos, el mar que se extendía alrededor del arrecife era una zona de pesca muy importante que les permitía sobrevivir, pero también era un lugar del que podían obtener comida abundante, dinero, ropa y pequeños lujos.

Como es de suponer, las riquezas no llegaban de forma regular: a veces venían durante dos o tres años seguidos y luego pasaban más de diez años sin que apareciera nada de valor. La última vez que el mar les había regalado algo fue seis años atrás, a principios de invierno, cuando Isaku tenía tres años.

Sus recuerdos de cuando era niño eran muy confusos, pero aquel acontecimiento le causó una impresión tan fuerte que se le quedó grabado en el corazón. En su casa se respiraba una alegría inusual, sus padres y toda la gente del pueblo tenían las mejillas sonrosadas y lucían amplias sonrisas. Isaku recordaba que aquel ambiente tan poco habitual lo había asustado y se había echado a llorar.

Dos años atrás, Isaku averiguó el motivo de la felicidad que de repente se había apoderado del pueblo. Aquel año, cuan-

do las hojas de los árboles se tiñeron de rojo, todo el pueblo participó en una ceremonia que celebraban año tras año. Isaku no sabía para qué era, así que se lo preguntó a un muchacho de su edad llamado Sahei.

—¿De verdad no lo sabes? —le reprochó Sahei, con una mirada cargada de desdén. Avergonzado, Isaku regresó a casa y se lo preguntó a su madre.

—Es *O-fune-sama* —le respondió ella. Isaku ladeó la cabeza, desconcertado—. Mira, ese cuenco que tenemos ahí también nos lo trajo *O-fune-sama* —le explicó su madre, visiblemente molesta, señalando el estante con la mirada.

Isaku observó el cuenco. No era la típica pieza tosca que se construía vaciando un tronco. La madera era extremadamente delgada y todas las paredes tenían un grosor idéntico. La superficie roja de la madera brillaba como si estuviera lacada, y estaba decorada con dos finas líneas doradas pintadas en paralelo justo por debajo del borde. El cuenco solía estar en el estante, solo lo usaban para celebrar los primeros días del año y durante el festival del Obon, cuando hacían las ofrendas a las tablillas mortuorias de los antepasados de la familia.

Su madre no le explicó nada más.

Isaku no logró averiguar qué relación tenía aquel cuenco de madera con la ceremonia que se celebraba en el pueblo. Fue Sahei, el que antes se había burlado de su ignorancia, quien le explicó qué era *O-fune-sama* y qué significado tenía el cuenco de madera.

Según Sahei, *O-fune-sama* era cualquier barco que naufragara en el amplio mar plagado de escollos que se extendía frente al pueblo. En los barcos naufragados era habitual encontrar comida, utensilios, artículos de lujo y ropa, productos que hacían la vida de los aldeanos un poco más holgada. Además, la madera del barco se partía en pedazos al chocar contra los escollos o contra el fuerte oleaje, y el

mar la empujaba hacia la costa, donde la gente del pueblo la aprovechaba para reparar las casas o para construir muebles. En la ceremonia que se celebraba cuando se acercaba el invierno, la gente rezaba para que los barcos que estuvieran surcando el mar zozobrarán en el arrecife.

—Entonces, tampoco conocerás la cueva que hay en la Playa del Cuervo, ¿verdad? —le preguntó Sahei con aires de importancia, y dirigió sus ojos legañosos hacia el sur. Allí, el pequeño cabo se adentraba en el mar, rodeado por la espuma blanca de las olas. Los cuervos solían sobrevolar el grupo de pinos que había en la punta del cabo.

—Sí que he oído hablar de la cueva —protestó Isaku—. Es el lugar donde enterramos a los muertos que llegan a la playa.

—No solo los que llegan a la playa, allí también escondemos los cadáveres de la tripulación de *O-fune-sama*.

Sahei esbozó una leve sonrisa. Isaku no comprendió el significado de sus palabras, pero al menos había entendido por qué se celebraba la ceremonia y de dónde procedía el cuenco lacado que había en su casa.

Evocó de nuevo los recuerdos que conservaba de cuando tenía tres años. Por fin se dio cuenta de que su padre, su madre y todos los habitantes del pueblo estaban contentos porque aquel año *O-fune-sama* había visitado la aldea. Además, durante uno o dos años estuvieron comiendo cosas que ahora nadie podía permitirse, y también recordaba haber visto objetos extraordinarios.

Los días festivos, o cuando había muerto algún vecino, su madre sacaba arroz de una tinaja y lo hervía con mucha agua. Cuando Isaku tenía fiebre, le acercaba cuidadosamente una jarra con una sustancia blanca, metía las puntas de los dedos en el interior y dejaba que los lamiera. Era increíblemente dulce, y había oído decir que aquella medicina llamada azúcar era una panacea que curaba toda clase de enfermedades.

Tampoco podía olvidar la luz de la vela que había visto la noche del Obon. Era un cilindro estrecho de color gris de unos seis centímetros. Cuando encendieron la mecha, Isaku dejó escapar un pequeño grito. Aquella luz era tan sorprendente, que incluso le pareció que la claridad lo deslumbraba. Era un misterio cómo un cilindro tan pequeño era capaz de irradiar una luz tan intensa. Además, no desprendía humo negro como las antorchas y las mechas empapadas en aceite de pescado, sino que exhalaba un aroma más bien suave. La llama era fascinante. De vez en cuando, crepitaba como si estuviera a punto de estallar y escupía minúsculas chispas luminosas.

*O-fune-sama* había traído todos aquellos lujos que desaparecieron al poco tiempo. Aunque el pueblo se beneficiara del botín de los naufragios, aquella efímera prosperidad pronto pasaba a formar parte del pasado. Sin embargo, todavía se podían observar algunos vestigios de los buenos tiempos, como la estera que había en el suelo de la casa vecina o el cofre que guardaba el jefe del pueblo en su casa con la insignia de un barco. Además, algunas casas conservaban grandes cubos de madera con la palabra «Fuego» escrita en ellos. Era evidente que todo aquello procedía del botín de *O-fune-sama*, igual que el cuenco lacado que había en casa de Isaku.